

Cartografías liminales: el (des)pliegue topológico de la práctica identitaria

Ignacio Mendiola

Introducción

La frontera, como todo elemento de lo social, más que estar definida en función de características intrínsecas portadoras de ficticias esencias, designa un efecto, una plasmación de ordenamientos sociales contingentes susceptibles de adoptar formas diversas. Esta ineludible precisión preliminar nos compele a desechar toda concepción reificante de la frontera y, al mismo tiempo, a profundizar en lo que caracteriza a esos ordenamientos sociales que dan lugar al *efecto fronterizo*. La importancia sociológica de las cuestiones que se dirimen en dicha precisión devienen innegables si junto a la consideración de que la frontera es el efecto de un ordenamiento social añadimos que la experiencia de lo social es una experiencia fronteriza; es decir, la frontera (como efecto) es el espacio-tiempo multidimensional en donde se nos muestra la experiencia (del ordenamiento) de lo social. Una experiencia que es tanto *de* las fronteras o límites que clausuran y constriñen, como una experiencia problematizadora y desencadenante de posibilidades *en* esos mismos límites que (nos) limitan y, simultáneamente, posibilitan como sujetos activos. La experiencia (fronteriza) de lo social es la experiencia de la necesidad y la contingencia, de la estabilización y el cambio, de las delimitaciones y los recorridos; experiencia crucial puesto que es aquí, en sus espacios y tiempos, en donde se (re)produce la subjetividad, siendo esta experiencia lo único que nos habrá de (pre)ocupar en la reflexión que se vierta en las siguientes líneas.

El ejercicio teórico que ahora iniciamos podría ser denominado como una *cartografía de la frontera* teniendo presente que esa realidad esquivada que pretendemos cartografiar no podría ser otra que el proceso de subjetivación y los posicionamientos y relaciones cambiantes que establece el sujeto con otros sujetos u objetos desde su condición fronteriza. La experiencia de la frontera remite así a una ontología dinámica y procesual que se pregunta por el hacerse del sujeto, por sus condiciones de posibilidad y por sus intencionalidades corporeizadas; pero también exige preguntarse por la topología del sujeto, por la práctica espacializada (y temporalizada) de los entramados relacionales en los cuales está inmerso.

Cartografiar la frontera remite, en consecuencia, a un ejercicio analítico pendular que oscila, retroalimentándose, entre las dimensiones ontológicas (proceso de subjetivación) y topológicas (topografía multidimensional del sujeto) inherentes a la experiencia fronteriza y a las identidades que en ella emergen.

Esta práctica cartográfica, que no puede ser sino otra metáfora desde la que repensar la propia práctica sociológica, será desbrozada distinguiendo cuatro momentos fuertemente imbricados que responden, en primer lugar, a la presentación de una ontología liminal en la cual la subjetivación aparecerá como un pliegue intencional y corporeizado; en segundo lugar, se apuntará que el estatuto ontológico de las identidades emergentes en la experiencia de lo fronterizo o liminal no responde tanto a la idea de un proyecto reflexivo y desespacializado cuanto a la imagen de un trayecto rizomático de límites difusos; en tercer lugar, se hará alusión a lo topológico, frente a lo geométrico, como instrumento conceptual desde el que repensar la práctica espacializada de las identidades rizomáticas; y, por último, se trasladará una comprensión topológica del espacio a la frontera desde la cual se aprehende una identidad, mostrando cómo el estatuto rizomático de la identidad niega y afirma, simultáneamente, la posibilidad misma de trazar una frontera en la que visualizar lo identitario.

Sociología liminal

El potencial heurístico de lo fronterizo y lo liminal se asienta en una paradoja poética por medio de la cual se conjuga la idea de desplazamiento, de tránsito, de trayecto no lineal (sino rizomático), con la evidencia de que la experiencia social tiene lugar en torno a una serie de restricciones y constricciones que limitan la propia (re)producción del desplazamiento: lo social es la experiencia (liminal) *en* los límites que acotan el campo de lo posible, pero también la experiencia *de* los límites en la que se revela la contingencia y dinamicidad contenida en toda construcción; lo liminal se define en las emergencias cambiantes que se producen de este

doble movimiento que, simultáneamente, cierra y abre, congela y dinamiza la experiencia práctica de lo social. Es esta paradoja lo que ha sido obviado en aquellos enfoques que más que pensar lo liminal han trazado límites con miras a la obtención de ámbitos definibles sobre la base de una homogeneidad preconcebida; esta delimitación, a la que Soja y Hooper (1996) aluden como «política de la identidad modernista», recrea un pensamiento binario que al hilo de toda una miríada de dicotomías (sujeto-objeto, hombre-mujer, capital-trabajo, heterosexual-homosexual), realiza una lectura de la identidad bajo el tropo de la unidad, impidiendo así el análisis de la multiplicidad que atraviesa y define toda práctica identitaria. No es, igualmente, el límite concebido como espacio-tiempo incierto que se extiende entre dos estados de lo social previamente delimitados y normativizados, el enfoque en el que habremos de profundizar, puesto que de ser así no haríamos sino reproducir el componente funcionalista de la antropología centrada en los ritos de paso. La propia distinción ulterior de Turner entre ritos liminales y liminoides (prácticas no adscriptivas caracterizadas por un menor grado de normativización) deja traslucir la necesidad de ahondar en la indeterminación que inaugura una liminalidad cuya potencialidad va más allá del intersticio que se abre entre el momento de abandono por parte de un individuo de su anterior posición social y su posterior reacomodamiento en posicionamientos ya existentes y definidos.

La paradoja de la liminalidad se deriva de la necesidad de pensar simultáneamente la clausura y la apertura, el desplazamiento y la limitación, en un presente paradójico que no se puede comprender sin lo que le precede pero que, sin embargo, no es definido por su anterioridad, sino, más bien, por el devenir polemológico que emana desde la tensión irreducible que se establece entre lo instituido, la institucionalización y lo instituyente (Lourau, 1980). La orientación transversal que se desprende del étimo *limes* nos permite conjugar esta confluencia semiótica en la imagen de un tránsito del que cabe decir, gracias a la finura analítica de Simmel, que está limitado sin tener límite: «La vida sería completamente diferente si cada límite fuera definitivo, si con el empuje de la vida (en general y en vista de

toda tarea individual) lo incierto no se convertiría en certidumbre, lo tenido como seguro no se convertiría en más problemático. Como resultado de la flexibilidad y la maleabilidad inherentes a nuestros límites, somos capaces de expresar nuestra esencia con una paradoja: estamos limitados en toda dirección y en ninguna» (Simmel, 2000: 298). En esta experimentación de aquello que nos posibilita (y nos limita), y en la que se despoja al concepto de límite de toda posible reificación, cabe ya exponer una idea central de nuestra argumentación que remite al hecho de que la *experiencia de la liminalidad no puede sino remitir al proceso de subjetivación*, en donde el sujeto se da siempre como sujetado, y más correctamente como inconclusa sutura –desplazamiento de la sujeción– entre lo que le constituye y lo que co-constituye (Hall, 1991).

El sujeto aparece así como una realidad liminal (y colectiva) que irrumpe en el intersticio de la paradoja fundante de lo social aludida por Simmel, y lo hace en forma de pliegue de una realidad pre-subjetiva (espacio-tiempo del afuera) transida de límites que imponen formas a la subjetividad. La noción del pliegue desarrollada por Deleuze (1989) y Serres (1995) muestra ya en estos primeros momentos de la argumentación una centralidad irrenunciable en la comprensión de la experiencia de lo liminal toda vez que la subjetivación alude directamente a un (des)pliegue de formas de hacer y pensar impersonales atravesado por relaciones de poder. El sujeto como pliegue reproduce límites que, en la lectura deleuziana (1987) de Foucault, remiten al modo en que una realidad corporal es producida mediante un entramado de regímenes de hábitos en los que se experimenta y se siente el espacio-tiempo del afuera, con lo que toda referencia a la intencionalidad debería realizarse desde su sustrato corporal; límites que hablan de una política del afuera por medio de la cual se establecen normativamente las trayectorias del pliegue, los itinerarios que han de ser transitados y que conllevan una ineludible sujeción del sujeto a una exterioridad anónima (Pardo, 1992); límites inscritos en los regímenes de verdad, en las formaciones discursivas que restringen semióticamente aquello que puede ser dicho, articulando unas «estructuras dramáticas implícitas» que permiten narrar(nos) con sentido lo que (nos) acontece (Morey, 1988). El sujeto es

un pliegue de estos límites que le anteceden y le posibilitan; huella (reflexiva) de una «presencia precedente», de unos espacios que hacen al habitante (re)creando una corporalidad, una identidad, un discurso. De la sujeción a este triple pliegue cabe decir, con Pardo, que «el espacio habitado está poblado, no solamente por sus habitantes y sus hábitos, sus estetogramas y sus distancias, sino (...) por toda una serie de *técnicas de espacialización* que han contribuido a su organización histórica, política, poética y estética» (1992: 38; el subrayado es nuestro).

Pero la espacialización no forma parte de lo dado, de una fundación originaria que se despliega acríticamente en el tiempo, sino que remite a la reiteración, a la performatividad del hábito (Butler, 1993) que ha de ser continuamente implementado: el sujeto reclama otro pliegue en el que asome su reflexividad, en el que pueda entreverse que no es sólo un poema, sino que es también un poeta que *crea desde su condición de creado*; el último, e imprescindible, pliegue aludido por Deleuze, recoge la idea foucaultiana de una ontología crítica del presente por medio de la cual el sujeto designa una experimentación activa de los espacios y tiempos que le habitan y le hablan, una huella performativa que problematiza, mediante las técnicas del sí, todo aquello que le (pre)ocupa y le constituye como sujeto. Una actitud experimental, en palabras del propio Foucault, en la que «se extraerá de la contingencia que nos ha hecho ser lo que somos la posibilidad de ya no ser, hacer o pensar lo que somos, hacemos o pensamos» (1999: 348) prefigurando así «el *ethos* filosófico propio de la ontología crítica de nosotros mismos como una prueba histórico-práctica de los límites que podemos franquear y, por consiguiente, como *el trabajo de nosotros mismos sobre nosotros mismos en nuestra condición de seres libres*» (ibídem: 349; el subrayado es nuestro). No cabe aquí aludir a una ficción exterioridad que rompería con una lectura del poder en la que no estuviese recogido su ubicuidad e inmanencia presente en toda relación: las prácticas del sí emergen en relaciones de poder enmarañadas que están codificando y descodificando constantemente la práctica de lo social, lo que nos lleva a afirmar que la problematización siempre se realiza desde y junto a ese mismo límite que pretende ser transcendido. La forma del límite es la de una metamorfosis que se recompone en su transgresión, en la

práctica ética de los códigos y normas que traduce los regímenes de saber y poder en la pretensión por articular una diferencia, una variación, también ella, metamorfoseante: el sujeto como pliegue, como singularización de espacios y tiempos impersonales y anónimos, nombra el espesor polemológico que habita y da forma a la liminalidad.

Es evidente, sin embargo, que este poder al que nos referimos, no puede reconocerse en el estrecho marco de una concepción jurídico-discursiva donde las relaciones de poder únicamente designarían un «límite trazado a la libertad» (Foucault, 1995a); el poder, por el contrario, actúa constantemente en la *producción* de los sujetos, y es en esta producción en la que cabe afirmar tanto su centralidad como su subordinación al tema que aquí nos (pre)ocupa: la subjetivación. Un poder liminal, fronterizo, que no se reconoce tampoco en la consecución de ficticios órdenes consumados, cuanto en la propia práctica de ordenar, en el *ordenamiento* (Law, 1992, 1999; Hetherington, 1998) siempre inconcluso de lo social. Tiene razón Bauman (1995) cuando afirma que la modernidad es la *civilización de la frontera*, porque si bien le alienta el proyecto de eliminación de la ambivalencia y su reconfiguración en las cuadrículas homogeneizantes y monosemánticas que pretende imponer el tropo de la geometría en tanto que tropo dominante del proyecto de la modernidad, la irreductibilidad de la ambivalencia y las propias fisuras que el propio diseño geométrico de lo social origina, confiere a la organización del límite la condición de ordenamiento fluctuante y perennemente inacabado; y sin embargo, es esta modernidad inacabada por inacabable lo que revela su carácter fronterizo, su pretensión de unidad que se posterga en el tiempo y que, paradójicamente, insufla nuevos aires en la pretensión por erradicar lo erróneo y lo errático (Davila, 1995). En esta transposición del orden en ordenamiento, el poder se recontextualiza como gubernamentalidad, como el ejercicio de formación permanente de la subjetivación que rompe con las fronteras cerradas de las instituciones disciplinarias (Foucault, 1995b; Deleuze, 1996).

En el escenario teórico en el que nos introducen las reflexiones previas se puede ya afirmar que la relevancia analítica de lo fronterizo y lo liminal trascienden con mucho una com-

prensión geométrica que incidiría en las líneas divisorias que establecen demarcaciones espaciales de diversa naturaleza; lo fronterizo no es lo que escinde, *es el espacio-tiempo multidimensional de la experiencia performativa de los límites en donde irrumpe lo social*, en donde se nos aparece el pliegue de la subjetividad caracterizado como el despliegue y repliegue de un pliegue del afuera transido por una intencionalidad no teleológica y corporizada (Joas, 1996), un hacer desde y sobre lo que (nos) hace, un pensar desde y sobre lo que (nos) piensa. Lo liminal emerge en el intersticio de la paradoja que se abre entre la sujeción del sujeto a los límites que le habitan y le hacen, y la experimentación poiética de dichos límites; intersticio en el que tiene lugar la práctica enunciativa de la cultura que introduce una diferencia con respecto al lenguaje que (nos) habla (Bhabha, 1997), espacio-tiempo de la performatividad en la que el sujeto se (re)produce en la reiteración de un entramado de hábitos introduciendo fisuras y discontinuidades en la continuidad de lo cotidiano (Butler, 1993). Lo social, el pliegue de la subjetividad entreverado con otros pliegues, con otros actantes que son tanto humanos como no humanos, irrumpe en lo fronterizo; este es el punto de partida de la reflexión, el trasfondo ontológico que ha de ser tomado en consideración y cuya radicalidad nos lleva a afirmar que toda sociología ha de ser una sociología de la frontera, de la liminalidad; y habría que añadir, en última instancia, que si la noción de pliegue designa una forma de hacer y pensar colectiva de límites difusos que se imbrica con otros pliegues trazando trayectorias que (re)componen tiempos y espacios, cabe apuntar una redefinición ulterior de la sociología liminal en términos de una *cartografía de los pliegues que habitan y conforman la liminalidad social*.

Cartografías del (des)pliegue identitario

El primer epígrafe ha sentado las bases ontológicas desde las cuales abordamos el problema de la frontera y ha mostrado, asimismo, la realidad que irrumpe en lo fronterizo: la subjetivación liminal. Par-

tiendo de esta premisa central creemos necesario, a continuación, ahondar en el estatuto ontológico de lo identitario a partir de dos metáforas interdependientes que ya han aparecido en la reflexión precedente, como son el pliegue y la cartografía: el pliegue reclama una cartografía del ensamblaje. La cartografía –convertida, a juicio de Haraway (1997), en la metáfora clave de la tecnociencia– rastrea el ordenamiento semiótico-material del pliegue; en esta confluencia metafórica la identidad emergente en el proceso de subjetivación se asemejará a un trayecto (rizomático).

Es necesario tener presente, en este momento de la argumentación, que la explicación de los pliegues no radica, como una primera aproximación etimológica podría hacernos pensar, en una eliminación de lo plegado con el fin de posibilitar la observación de aquello que se escondía más allá del umbral de visibilidad configurado por los pliegues; pensar los pliegues exige comprender que el despliegue del pliegue únicamente se produce en forma de ulteriores repliegues que afectan a la forma del pliegue pero no a una alteración de su naturaleza. Nada sería más estéril que pretender delimitar el conjunto de objetos y sujetos que se dejan narrar bajo la metáfora del pliegue, como si fuese posible encontrar realidades sociales que no emergen en los despliegues y repliegues del pliegue; sólo habito en pliegues, sólo soy pliegues, nos dirá Serres (1995), y ello nos altera la comprensión de lo social: ¿cómo se puede delimitar mi espacio y mi tiempo si la forma en que se singulariza una identidad se ramifica en una multiplicidad de tiempos y espacios? ¿Cómo se puede concebir una identidad que sólo gramaticalmente puedo decir que sea mía, puesto que es una emergencia que siempre se produce en el intersticio?

Omnipresencia del pliegue, o lo que es lo mismo, superación de los orígenes concebidos como espacios de la verdad, de la geometría euclidiana que se aferra a la permanencia de límites estables que prefiguran territorios homogéneos (Foucault, 1992). Omnipresencia del pliegue, pero no ya concebido como un universal que nos permitiría encontrar pliegues iguales, sino como un *diferenciante* a cuyo través la exterioridad constitutiva de todo entramado relacional se pliega en una singularización: «No hay dos cosas que estén plegadas de la misma manera, ni dos rocas, y no hay un

pliegue regular en la misma cosa. Por eso, aunque hay pliegues por todas partes, el pliegue no es un universal. Es un «diferencial», un «diferenciante». Hay dos clases de conceptos, los universales y las singularidades. El concepto de pliegue siempre es un singular, no puede avanzar si no es variando, bifurcándose, metamorfoseándose» (Deleuze, 1996: 248). Si hemos de repensar la subjetivación como pliegue, el comienzo no podría ser otro: todo sujeto es un pliegue del afuera, una singularización de un espacio-tiempo presubjetivo compuesto por narraciones que nos dicen el sentido de aquello que nos acontece y por regímenes de hábitos que prefiguran la práctica corporeizada de los hábitats; es decir, el sujeto como pliegue designa, en última instancia, una forma de habitar los hábitos que le habitan, una forma de hablar el lenguaje que le habla, una forma de pensar los pensamientos que le piensan. No hay comienzo carente de pliegues, tan sólo un encaramarse a pliegues ya existentes: vivimos en los pliegues, desde los pliegues y entre los pliegues, lo cual introduce, como veremos posteriormente, una topología de los pliegues (Serres, 1995). Afirmar el carácter liminal de lo social no sería, entonces, sino asumir una ontología de los pliegues en la que el devenir performativo de una heterogeneidad entrelazada constituye una reproducción poética de los límites ya existentes. Omnipresencia del pliegue, de su presencia ineludible y de su reconfiguración cambiante que incide en la forma del pliegue y que, en ningún caso, anuncia su disolución.

No obstante, podríamos sugerir que la sociología más que ahondar en la experiencia liminal se ha volcado en el pensamiento del límite, en el trazado de líneas demarcadoras que permitiesen descomponer y purificar lo social (Latour, 1993) con el objetivo de aprehenderlo desde el estrecho dispositivo de observación que el entramado de dicotomías –las *fronteras epistémicas* de la disciplina– ha articulado; fronteras que permiten establecer los lindes de unos itinerarios que emergen, en virtud del cierre homogeneizante que inaugura el nombrar dicotómico, como espacios y tiempos coherentes ajenos a trasvases incómodos que habrían de quebrar la seguridad epistémica que se deriva de la parcelación de realidades y saberes. El imaginario de perfectibilidad y progreso que atraviesa la modernidad ha operado una serie de escisiones analíticas por

medio de las cuales se opera una diferenciación entre la sociedad y la naturaleza, lo humano y lo no humano, el presente y el pasado; y sobre este sustrato se materializa, asimismo, la ficción sociológica de una identidad cimentada en torno a la distinción entre el nosotros y el ellos, el yo y la otredad, y en la que se tiende a acentuar, sobre la dicotomía añadida que contrapone cuerpo a mente, el componente cognitivo-reflexivo que subyace al proyecto vital como estatuto ontológico de lo identitario. Esta identidad, de cuya espacialidad y temporalidad apenas se dice que depende de una topología y policronía que problematiza la posibilidad de separar el antes del después, el afuera del adentro, es la identidad que sido fosilizada en la purificación de lo social sin atender al entramado relacional desde y sobre el que se reproduce mediante *traducciones* y *traslaciones* que confieren a la relación (no a la relación que conecta lo que ya ha sido definido sino a la relación poiética que posibilita y funda la identidad de los actantes activando desplazamientos semióticos y materiales), una primacía tanto epistemológica como ontológica que no se puede dejar de reivindicar: «Es en el medio, allí donde se supone que no pasa nada, donde está todo. Y en las extremidades, donde según los modernos reside el origen de todas fuerzas (la naturaleza y la sociedad, lo universal y lo local) no hay nada, salvo instancias purificadas que sirven de instancias constitucionales al conjunto» (Latour, 1993: 180).

Desde esta constitución moderna a la que se refiere Latour, el despliegue de la identidad es el despliegue de un núcleo, una identidad portadora de un nosotros que se contrapone a la otredad, una identidad en la que siempre es posible aprehender tanto sus fronteras físicas y simbólicas como sus temporalidades que emanan de un estar en el tiempo pero no de una temporalización del estar topológicamente complejo. ¿Por dónde empezar el estudio de una práctica identitaria? Lógicamente por el principio, y desde él trazar una topología regional (Mol y Law, 1994) que nos permita aprehender el decurso de la unidad en la que se acentúa la coherencia, el orden, la frontera que escinde. Sociología de lo sólido, de lo aprehensible por una red conceptual cuyo umbral de visibilidad arroja al ámbito de lo incognoscible aquello que no puede ver.

Sin embargo, al asumir una ontología liminal de los pliegues no está tan claro que el estudio

arranque necesariamente en el punto de paso obligado del comienzo, puesto que de ser así estaríamos abocados a una tácita aceptación de las dicotomías que han sembrado el análisis de lo temporal: antes y después, lineal y cíclico; del mismo modo en que el mantenimiento de una frontera heredera de la matriz epistemológica clásica asume la pertinencia analítica de poder diferenciar siempre el adentro del afuera. El pliegue no reivindica el comienzo porque sabe que todo inicio no puede ser sino una contingencia que borra aquello que le desborda y que se precipita hacia los pasados y futuros de los presentes pasados; el comienzo nunca es inocente, siempre viene precedido por una construcción social que pretende ser naturalizada, una construcción que anhela un momento en el que el pliegue hubiese adquirido, siquiera momentáneamente, una superficie pulida en la que visualizar aquello que efectivamente ha de ser transportado en el tiempo.

La sociología de la liminalidad se convierte así en una cartografía de los pliegues, una práctica introspectiva que inquiere en la urdimbre de pliegues entreverados, en los materiales con los que son contruados, en las relaciones de poder de diversa naturaleza que se establecen entre dichos materiales, en los devenires morfogenéticos que transforman las peculiaridades de los entramados, en las formas emergentes en las que se singulariza la multiplicidad entrelazada. El despliegue del pliegue es, como ya hemos apuntado, una metamorfosis del propio pliegue pero no una alteración de su naturaleza, y en ese devenir metamorfoseante imbrica elementos de diverso signo, lo humano y lo no humano, lo cercano y lo lejano, el antes y el después, el adentro y el afuera, lo actual y lo virtual, dando lugar a entramados semiótico-materiales (Haraway, 1995, 1999) que en su entrelazamiento no jerárquico prefiguran el carácter paradójico y ambivalente de lo social. Estas formas emergentes y paradójicas de lo identitario van a adquirir, a nuestro juicio, un desarrollo teórico en los extramuros de la sociología, en el flujo transdisciplinar que se desata, principalmente, entre el postestructuralismo, la teoría feminista, los estudios sociales de la ciencia y los estudios culturales en el ámbito anglosajón; en ese flujo irrumpe el oximorón de geometría variable que nombra el *actor-red* (Callon, 1995; Latour, 1988, 1992, 1993; Law, 1992, 1999), la imagen híbrida y fronteriza del *cyborg* (Haraway, 1995,

1997, 1999), la urdimbre de materiales humanos y no humanos que conexionan espacios y tiempos distantes dando lugar a los *cuasi-objetos* (Serres, 1991a, 1991b, 1995), o, por último, la confluencia de diferentes líneas de poder que se agolpan en el espacio intersticial y heterogéneo que se abre en la imagen del *rizoma* (Deleuze y Guattari, 1988).

La alusión a estas cuatro imágenes, que ya han estado presentes de una forma más o menos explícita en la reflexión precedente, tiene como objeto no tanto ahondar en las diferencias que cabría poner de manifiesto en un análisis más detallado de cada una de ellas, cuanto incidir en la existencia de una matriz conceptual de fondo que es susceptible de ser aprehendida desde la metáfora de la *cartografía*. No estamos lógicamente ante la idea de una cartografía objetiva que busca borrar cualquier reminiscencia que aluda a la práctica de los espacios tal y como se desprende del progresivo abandono de la concepción cartográfica medieval (de Certeau, 1988), sino ante el ejercicio analítico de construir mapas que problematizan las fronteras identitarias. Mapas semióticos y materiales donde los límites de la identidad alcanzan, en virtud de una heterogeneidad entrelazada en multiplicidades, unas ramificaciones en las que no siempre es posible determinar su interioridad y su exterioridad. Es esta idea de multiplicidad relacional lo que subyace de forma determinante a la idea de rizoma; una idea que no por casualidad está íntimamente ligada al «principio de cartografía» por medio del cual se afirma que el rizoma más que ser «la reproducción de un inconsciente cerrado sobre sí mismo» alude a una «experimentación que actúa sobre lo real». Así, en palabras de Deleuze y Guattari: «El rizoma está relacionado con un mapa que debe ser reproducido, construido, siempre desmontable, conectable, alterable, modificable, con múltiples entradas y salidas, con sus líneas de fuga» (1988: 26). Este rizoma cartografiable está hecho de dimensiones, de entramados relacionales carentes de principio y fin, de multiplicidades dinámicas que no operan en itinerarios prescritos sino que trazan trayectorias acentradas que conectan actantes estableciendo, en la propia peculiaridad de la relación, las identidades emergentes y fluctuantes de los actantes ensamblados. El rizoma es el espacio del «y» que conecta y funda el tránsito híbrido de lo social, pero también del «entre» que problematiza todo origen y final, todo adentro y afuera. El

rizoma es irreductible a la unidad o al pluralismo puesto que es el devenir tensional (sujeto a relaciones de fuerza) e intersticial de una multiplicidad; por todo ello, lo rizomático, más que aludir a entidades, alude a procesos cambiantes, a un modelo ontológico que inaugura nuevos mapas de la identidad alejados del fundamento y volcados en la experimentación performativa de la subjetivación.

En este sentido, y frente a la idea, tan propia de los teóricos de la modernidad, de que el proyecto nombra el estatuto ontológico de la identidad, la confluencia metafórica que se desencadena entre el pliegue y la cartografía posibilitan la apertura a otro espacio teórico en donde el estatuto ontológico de la identidad aparece recogido en la imagen (metafórica) del trayecto; la identidad remite directamente a un mapa de límites difusos, a una realidad reticular que imbrica espacios y tiempos en ordenamientos provisionales que nunca funcionan como totalidad unificada y homogénea; la ontología variable e híbrida del trayecto (Latour, 1993) se muestra así en la imagen del rizoma que se reestructura espacio-temporalmente en la (re)producción de los regímenes de relación en los que está inmerso: el actor-red, el cyborg, el cuasi-objeto, pueden ser leídos, a nuestro juicio, como las singularizaciones identitarias de una ontología rizomática. La identidad designa, en consecuencia, una red fluctuante que establece identificaciones con otros actores y que se (re)produce desde y sobre un entramado relacional, de hábitos y narraciones, que le habita y le narra. El trayecto es la práctica performativa de los espacios y los tiempos que nos posibilitan, de las formas de hacer y pensar que guían semióticamente —mediante los pasados recordados y los futuros imaginados— la (re)producción del mapa identitario, un viaje espacializado perennemente ubicado entre lo que (nos) hace y lo que hacemos, con los otros, desde lo que (nos) hace.

La cartografía de los pliegues remite siempre al ejercicio de cartografiar el hacerse y deshacerse de una identidad rizomática cuyas fronteras son también efecto de una determinada forma de ensamblar, de traducir, la heterogeneidad material, espacial y temporal que anida en toda práctica identitaria. Cartografía del devenir performativo de la multiplicidad: «¿Quién soy? El tercero. *El tercero incluido*. ¿Cuál es el sentido de esa palabra? Que estoy asociado íntima-

mente a otros y a muchos otros más. Si soy legión: un conjunto innumerable de otros. Sustituibles». (Serres, 1995: 78; el subrayado es del autor); y Haraway, por su parte, partiendo de una topografía multidimensional de la identidad, afirmará que «ser Uno es ser autónomo, ser poderoso, ser Dios. Pero ser Uno es ser una ilusión y, por lo tanto, verse envuelto en una dialéctica de apocalipsis con el otro. Más aún, ser otro es ser múltiple, sin límites claros, deshilachado, insustancia. Uno es muy poco, pero dos son demasiados» (1995: 33). La cartografía de la identidad, recogida en la idea de trayecto heterogéneo e híbrido que se sitúa entre la unidad (moderna) y la pluralidad (posmoderna), y que se reproduce por conexiones parciales desde y sobre su ontología liminal, se vierte en una *política de la coalición* (Butler, 1989; Haraway, 1995) que se constituye en y a través de la diferencia. Política de la coalición que, en su enunciación desde una teoría feminista en la que el género no es ya la categoría central, introduce no tanto una identidad rota sino fraccional, tensiada en su devenir múltiple, en su reconfiguración diaspórica. Incidir en la coalición, en detrimento de la identidad unitaria mantenida a lo largo del tiempo, supone otorgar a la idea de multiplicidad en lo que tiene de espacialización (topologías complejas) y temporalización (pliegues del tiempo), una centralidad ineludible que tiene su reflejo evidente en la reflexión sobre la frontera: desde el trasfondo ontológico definido por la liminalidad, el análisis topológico de la frontera deriva directamente del modo en que es concebida la política de la coalición en los procesos cambiantes de identificación con los otros.

Cartografiar la identidad es, en definitiva, cartografiar los pliegues de la práctica identitaria en un proceso transido de traducciones (Latour, 1993) que, adoptando al proceso de subjetivación como piedra angular del quehacer sociológico, exige un desplazamiento conceptual con respecto a la sociología de lo sólido que se cifra en un trasvase de la identidad nuclear a las políticas de la coalición, del espacio geométrico a la topología, del tiempo lineal a la policronía contenida en los pliegues temporales que conectan pasado, presente y futuro, del poder jurídico-discursivo a los ordenamientos de las sociedades del control. Cuatro reconceptualizaciones que en sus remisiones a la identidad, al espacio, al tiempo y al poder, actúan de forma interrelacionada y conjunta en lo

que se podría definir como un *holograma teórico* que no busca tanto la reproducción acrítica de un corpus teórico asumido, sino que, acogándose al inacabamiento estructural de la práctica identitaria, pretende seguir, en lo que se podría denominar como *sociología nómada*, la (re)producción de la relación performativa desde la que emerge toda singularización.

Hasta el momento, la línea argumental desarrollada ha ahondado en el espesor ontológico que caracteriza a la experiencia fronteriza de lo social, poniendo de manifiesto que dicho espesor remite a un proceso de subjetivación en el que emergen identidades rizomáticas; sin embargo, tal y como exponíamos en la introducción, el potencial heurístico de la frontera precisa asimismo de un análisis que profundice en la práctica topológica de la frontera desde la cual se enuncia (y difumina) la diferencia subyacente a la identidad. La cartografía de los pliegues es un proceso ontológico que alude a la subjetivación, pero dicha subjetivación deviene ininteligible si se obvia el modo en que se espacializa y temporaliza la relación con los otros. En la experiencia íntima de las fronteras el cyborg acomete «la difícil tarea de reconstruir los límites de la vida diaria en conexión parcial con otros, en comunicación con todas nuestras partes» (Haraway, 1995: 37); la perspectiva teórica desde la que hemos analizado la experiencia fronteriza de lo social (y sus identidades emergentes) precisa como momento ulterior de la argumentación profundizar en la topología presupuesta en esta *conexión parcial* con otros. No obstante, y antes de acometer esta última parte del análisis, creemos conveniente afirmar la pertinencia de una comprensión topológica del espacio (frente a una geométrica) con el fin de trasladar el núcleo de esta reflexión a la disquisición final sobre la topología compleja de la frontera.

La práctica topológica del espacio

« La gran obsesión del siglo XIX fue, como sabemos, la historia: con sus temas de desarrollo y de suspensión, de crisis y de ciclo, temas de un pasado siempre acumulativo, con

su gran preponderancia de los hombres muertos y la amenazante glaciación del mundo» (Foucault, 1986: 22).

Así comienza Foucault un breve texto que contiene, de forma embrionaria, una teoría de lo espacial, con la puesta de manifiesto de un imaginario de lo temporal que encuentra en la flecha del tiempo dibujada por el segundo principio de la termodinámica un icono mítico desde el que poder cimentar un devenir inexorable, una continua producción de la historia en la que, por expresarlo de una manera gráfica, la Historia se hace y la Geografía es lo que está dado, el espacio inerte sobre el que se despliegan las voluntades y los azares de un devenir desespacializado. La irreversibilidad del tiempo, el imaginario del Progreso, prefiguran un tiempo sin espacio compelido a su continua reproducción, y con ello, el sujeto se ve arrastrado por un flujo que no dice nada a cerca de los espacios que posibilitan su surgimiento: la historia hace (tiempo) sobre –y no desde– lo hecho (espacio)–. La conocida afirmación de Foucault: «El espacio es lo que estaba muerto, fijado, no dialéctico, inmóvil. Por el contrario, el tiempo era rico, fecundo, vivo, dialéctico», caracteriza el insuficiente escenario diseñado por el historicismo al haber obviado que no sólo somos tiempo sino también espacio.

El residuo espacial dejado por el historicismo es recogido y reproducido en la conceptualización del espacio prefigurada por la geometría euclidiana: espacio isótropo y homogéneo en el que se borran las diferencias y las bifurcaciones que su propio despliegue pudiera ocasionar; espacio ordenado en el que las trayectorias sociales no son sino la ocupación de unos itinerarios prefijados e inamovibles. El espacio euclidiano es el espacio de los límites permanentes, de las fronteras fosilizadas, de lo estático; el azar y el caos son eliminados de este espacio que pretende conjurar la incertidumbre mediante la medición recurrente de aquello que ocupa; es, por tanto, un espacio de lo visual, reproductor de un imaginario del orden que habrá de ejemplificarse de forma paradigmática en los diferentes espacios panópticos que dan forma a las sociedades disciplinarias; en otras palabras, una heterología (de Certeau, 1988) que pretende deshacer los pliegues que no se ajustan al despliegue de lo Mismo, al imaginario de un jardín ordenado carente de líneas de fuga. En esta transposi-

ción de un imaginario del orden en lo real, la geometría se deshace de lo fluctuante y lo compuesto (Serres, 1991a), solidifica el (pensamiento del) espacio y se erige en el enemigo por excelencia de la ambivalencia: «La geometría es el arquetipo de la mente moderna. La rejilla es su tropo dominante (...) Taxonomía, clasificación, inventario, catálogo y estadística son las supremas estrategias de la mente moderna» (Bauman, 1991: 15). Pero no es el orden lo que emerge del ordenamiento, como tampoco es la compartimentación lo que deviene de la clasificación: lo heterogéneo, lo híbrido, no sólo no permanecen sino que se multiplican en los intentos de reconducirlos a dicotomías estériles. Así, la modernidad no puede dejar de crear lo que pretende erradicar, pero de ello no cabe deducir la parálisis de la modernidad, su congelación; más bien, y como ya hemos apuntado anteriormente, lo contrario, su fracaso es su razón de ser, sus residuos su aliento. El proyecto moderno como proyecto del orden es así un imaginario no resuelto en la práctica social: «La geometría muestra como sería el mundo si fuera geométrico. Pero el mundo no es geométrico. No puede ser metido a presión dentro de rejillas inspiradas geoméricamente» (Bauman, *ibídem*: 15).

La razón política y de dominación (Moya, 1977) impregnan, en definitiva, la estructura topológica caracterizada por la geometría en sus intentos por diseñar un mundo estriado y homogéneo, pero el mundo se nos escapa por los resquicios de las retículas geométricas y deviene indecible desde un prisma únicamente geométrico. Y, sin embargo, el mundo, la experiencia, deviene igualmente indecible si obviamos las prácticas simbólicas y materiales conformadas mediante el imaginario geométrico. Como bien afirma Bauman, el mundo no es geométrico, pero el mundo no es ajeno a la geometría, ni a las inferencias que ésta provoca en la ordenación de lo social. La geometría añade complejidad al mundo, multiplica la ambivalencia al propugnar las taxonomías, segrega desorden al tratar de implementar un orden: el mundo no es geométrico, pero la geometría forma parte de la heterogeneidad del mundo.

Desde estas breves consideraciones previas sobre lo espacial y con el fin de retomar el núcleo del hilo argumental conducente a una topología del espacio y, ulteriormente, a una topología de la frontera, habría que afirmar,

con Serres, que «en la geometría habito; la topología me ronda» (1995: 71); aseveración que podría ser *traducida* (esto es, trasladada) a nuestro planteamiento afirmando que no podemos reducir nuestra comprensión del espacio a la geometría y que, asimismo, no podemos obviar la propia performatividad de la geometría en la conformación de unos espacios sujetos al uso topológico que hacemos de ellos. La topología supera el elenco de dicotomías que reproduce una geometría euclidiana (micro-macro; centro-margen; dentro-fuera; global-local; continuo-discontinuo), quiebra las medidas estables, los límites prefijados. La topología es la práctica (irreductible a lo cuantitativo) performativa del espacio, el modo en que establecemos relaciones temporalizadas entre los diferentes posicionamientos que conforman la topografía multidimensional de la subjetividad, el modo en que alteramos nuestras disposiciones espaciales al entreverarnos con otros pliegues que ocupan otros espacios. En este contexto, resulta obligado, a nuestro parecer, recordar la diferenciación establecida por de Certeau entre espacio y lugar. El espacio, nos dice de Certeau, es el lugar practicado: «El espacio ocurre como el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo sitúan, lo temporalizan y lo hacen funcionar como una unidad polivalente de programas conflictivos o de proximidades contractuales» (1988: 117); el espacio ensambla, escinde, transforma, transgrede y en ese (des)hacer relacional se despoja de toda fisicalidad, de todo a priori e irrumpe como la *enunciación* misma de los hábitats, como un uso que prefigura estilos: «El estilo y el uso tienen que ver con una «forma de hacer» (de hablar, de caminar, etc.) pero el estilo conlleva un procesamiento particular de lo simbólico, mientras que el uso se refiere a los elementos de un código. Se interseccionan para formar un *estilo del uso*, una forma de ser y una forma de hacer» (*ibídem*: 100; el subrayado es nuestro). La identidad es el estar enunciado y el *locus* del estar, como el significado de una palabra, únicamente se determina en su pragmática: la topología es la pragmática de los espacios.

Esta pragmática, que altera significados y fronteras en virtud del modo en que se concibe la conexión parcial con otros en el desplazamiento liminal de la política de la coalición, rompe con las dos ilusiones que han caracteri-

zando, a juicio de Lefebvre (1998) el pensamiento del espacio. La *ilusión de transparencia* reduce lo espacial a una *res cogitans* marcada por las representaciones discursivas, por todo un entramado de significaciones que reducen el espacio a lo sentido, a los mapas cognitivos en los que se prioriza una conciencia desespacializada y temporalizada donde la identidad se equipara con su representación; por otra parte, la *ilusión realista* realiza otra forma de reducción de lo espacial en la que éste designa una materialidad geométrica cuyos entresijos conforman una opacidad no des-velable para la intuición humana. En la primera ilusión el espacio se diluye en lo temporal; en la segunda, el espacio se cosifica. Frente a un conocimiento del espacio que se basa en una mirada irrenunciable y omnisciente, un conocimiento que debe renunciar a la mirada en lo que tiene de reminiscencia de una subjetividad constituida en obstáculo del conocimiento; sin embargo, las carencias analíticas de estas propuestas únicamente pueden ser pensadas precisamente desde aquella zona que no nombran y que se abre como lo impensado de una lógica binaria compelida a elegir entre un conocimiento reducido a lo subjetivo o a lo objetivo. En ese territorio sin nombre, el espacio recupera su espesor ontológico y, con ello, la posibilidad de acometer una reflexión sobre el despliegue topológico de la frontera.

Pensar el espacio es pensar, según Lefebvre, la ineludible interpenetración que se produce entre el espacio *percibido*, referido a las representaciones sobre la materialidad ya constituida con sus límites, zonificaciones y conexiones específicas entre diferentes lugares; el espacio *concebido*, en el que discursos de diferente índole (urbanísticos, planificadores, arquitectónicos), en virtud de su performatividad, dan forma y constituyen las formas de la espacialidad; y el espacio *vivido*, que no designa sino la práctica misma del espacio desde la que se puede narrar y eventualmente confrontarse con la propia organización vigente del espacio. Una triada desde la que se supera la dicotomía de la doble ilusión y que nos obliga a pensar simultáneamente la representación, la producción y la práctica de los espacios; y, en consecuencia, *la representación, la producción y la práctica de las fronteras emergentes en dichos espacios*. La dimensión semiótico-material de la frontera, que se muestra directamente en esta imbrici-

cación de dimensiones propuesta por Lefebvre, demanda como paso ulterior el rastreo de una topología en la cual podamos visualizar «la manera particular de estar en relación y de establecer relaciones» (Abril: 1995: 84) que despliega toda práctica identitaria.

En este sentido, la filosofía de las preposiciones sugerida por Serres, recoge, a nuestro juicio, este (des)hacerse de las fronteras identitarias al asumir como elemento nuclear de la reflexión una plurilocalidad paradójica que muestra los diferentes posicionamientos sincrónicos y diacrónicos del entramado relacional que compone la identidad: «La topología se ciñe al espacio, de otra forma y mejor. Para ello, utiliza lo cerrado (*dentro*), lo abierto (*fuera*), los intervalos (*entre*), la orientación y la dirección (*hacia, delante, detrás*), la cercanía y la adherencia (*cerca, sobre, contra, cabe, adyacente*) la inmersión (*en*), la dimensión... y así sucesivamente, todas ellas realizadas sin medida pero con relaciones» (Serres, 1995: 68). Es esta topología preposicional la que necesita ser trasladada, como momento último de la argumentación, al análisis de la frontera identitaria en tanto que singularización lábil de un pliegue imbricado con otros pliegues.

La topología compleja de la frontera

En la práctica performativa del espacio que anuncia la topología, las propiedades de cada lugar o emplazamiento devienen no tanto de un supuesto despliegue de sus características inherentes cuanto del modo en que se relaciona y se posiciona con aquello que le rodea. La topología irrumpe, por ello, como la concreción espacial metamorfoseante de las multiplicidades entrelazadas. Esta configuración cambiante va a ser desbrozada desde un triple momento que recoge las aportaciones de Mol y Law (1994), Serres (1991), Deleuze y Guattari (1988) y Abril (1995), de cuyo enfoque hemos creído pertinente mantener la terminología. Es necesario apuntar, asimismo, que si bien es posible diferenciar los tres momentos que a continuación se presentan, la propia argumentación pondrá de manifiesto que el potencial heurístico de cada uno

de ellos únicamente muestra su significatividad en la medida en que es ubicado en el horizonte de la topología compleja en la que se superponen estos tres momentos.

El primer momento de la topología compleja se asienta en una *preliminalidad* sustentada en la posibilidad de trazar un límite desde el que aprehender un espacio que si bien no remite a lo homogéneo, adquiere una peculiaridad específica en virtud del modo en que se ensambla la heterogeneidad que le constituye. No estamos, por tanto, ante el límite pensado por la epistemología clásica que escinde la realidad estudiada en la búsqueda de homogeneidades estáticas y que tiene en la imagen del cristal, el modelo de conocimiento referencial (Serres, 1991a). El límite que reclamamos para este primer momento es una realidad dinámica que lejos de pertenecer al orden de las cosas designa, en su misma configuración, una organización acentrada de los diversos materiales que componen el territorio preliminar; es decir, lo preliminar no responde a una realidad dada cuanto a un proceso de ordenamiento, de entrelazamiento de la heterogeneidad en multiplicidades: el ordenamiento semiótico y material (re)crea lo preliminar, traza la frontera, el límite, que como bien ha dicho Simmel, no es «un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial» (1986: 652).

En este sentido, el límite designa la huella de una diferencia en la que deviene posible aprehender modelos específicos de ordenamiento social; esta primacía de la frontera en tanto que visualización de la diferencia adquiere, en virtud de la propia variabilidad del ordenamiento, formas cambiantes y diversas entre las que se podría aludir, por ejemplo, a realidades tan diferenciadas como el modelo de ciudad antigua en tanto que «estructura jerárquica representativa del cosmos» aprehensible en el levantamiento de una muralla que delimita el espacio simbólico del orden divino eterno y el destierro del caos más allá de la seguridad que recrea el espacio interior (Munford, 1982); la creación de toda una serie de dispositivos que regulen y normativicen la práctica de un espacio preliminar o la posibilidad y pertinencia del desplazamiento entre espacios, no ya sólo en la forma más clásica de las aduanas sino también en todos los procedimientos (formales o informales) por medio de

los cuales se excluye al otro de tiempos y espacios compartidos; la conformación de ámbitos de propiedad que componen un límite en una red heterogénea de ramificaciones rizomáticas (establecimiento de patentes); o, por último, la naturalización de un régimen de hábitos y narrativas que establecen, como en el caso de la matriz heterosexual, una coherencia entre el sexo, el género y el deseo, conformando así una supuesta ontología del género que niega, en la expresión de Haraway, otros «mapas de posibilidad».

La prelimitalidad no remite necesariamente a la clausura; habría que incidir en una prelimitalidad (más congruente en el marco de esta argumentación centrada en torno a identidades liminales) que adquiere su especificidad en el modo en que la subjetivación se mide con el espacio-tiempo multidimensional de la cotidianidad. Entramos aquí en la conformación de una diferencia que se (re)produce mediante una práctica enunciativa de la cultura en la que se *traducen* los significados inscritos en las matrices culturales que hacen al sujeto (Bhabha, 1994); mediante una práctica de la corporalidad en la que cabe la posibilidad de alterar el entramado de hábitos que caracterizan a los hábitats transitados: lo prelimital irrumpe así en la creación de un *estilo* a través del cual se produce una enunciación de la diferencia, un estilo que nace del entreveramiento de líneas de fuerza de diferente naturaleza y que remite por igual al espacio y al tiempo. Espacios próximos en los que nos reencontramos con los otros significativos posibilitándonos vivenciar un conjunto de normas y valores, espacios en los que el tiempo se ha sedimentado remitiendo a un pasado que si bien puede no ser común deviene compartido en el ejercicio recurrente de la narración; tiempos que articulan un relato en el que se narra de forma alegórica la experiencia de lo (ir)reversible, configurando así unos horizontes temporales abiertos y sujetos a modificación en los que emergen unos recuerdos y expectativas compartidos: la memoria que ha sido rescatada y el deseo que ha sido elaborado constituyen, por su parte, las fronteras temporales desde las que se (re)produce una identidad que sólo en la narración toma conciencia de sí misma.

Ahora bien, si la diferencia prelimital, productora de un *estilo de uso* narrado y corporalizado, irrumpe en la creación de un territorio

dotado de un ritmo que no pertenece al mismo plano de lo ritmado (Deleuze y Guattari, 1988), el propio decurso interno, en virtud de su heterogeneidad, está sujeto a desterritorializaciones internas que prefiguran eventualmente nuevas prelimitalidades: una descodificación que da lugar a síntesis posteriores. Ello exige, lógicamente, una reconfiguración de la frontera, pero este momento no debería ser visto como una excepcionalidad, puesto que la misma forma de la frontera es la de una metamorfosis que se (re)produce desde estos movimientos internos, así como en la puesta en relación con otros ámbitos preliminales; en esta recomposición vislumbramos los dos momentos «posteriores» de la topología: la composición de una trayectoria que altera los posicionamientos de lo prelimital y la propia disolución de la frontera en el hacerse con y desde el otro. La primacía del adentro que se desprende de la prelimitalidad es a todas luces insuficiente para aprehender en su totalidad la topología de la frontera, puesto que en su trayectoria intersticial la especificidad del adentro varía en función de aquellos espacios con los que lo prelimital es puesto en relación. No se trata tan sólo de acogernos a la fácil salida que afirmaríamos que, lógicamente, la frontera cambia a lo largo del tiempo, sino de la necesidad de introducir una topología preposicional que muestre el carácter cambiante de las fronteras de un modo tanto diacrónico como sincrónico. El segundo momento es así el de una *liminalidad* que inquiere en el modo que se singularizan las relaciones con otros actantes, esto es, la forma en que el efecto fronterizo que articula una diferencia se presenta frente a otros actantes en un recorrido intersticial.

El concepto que, a nuestro juicio, mejor se adapta a la labilidad propia de lo liminal no es otro que el *objeto fronterizo* teorizado por Star y Griesemer (1989). Formulado en el contexto de los estudios sociales de la ciencia y con la intención de problematizar la figura del móvil inmutable apuntada por Latour (1992), Star y Griesemer aluden al hecho de que todo actor no sólo emerge siempre *entre* otros actores que poseen, a su vez, sus posicionamientos y narrativas específicas, sino que en este irrumpir intersticial el actor se adapta y adquiere singularidades diversas en función de los diferentes espacios (y tiempos) intersticiales que ocupa y practica: «Los objetos fronterizos son

objetos lo suficientemente plásticos como para adaptarse a las necesidades y constricciones locales de los diferentes actores con los que trabajan, y aún así lo suficientemente robustos para mantener una identidad común a través de los lugares (...) Poseen diferentes sentidos en diferentes mundos sociales pero su estructura es lo suficientemente similar en más de un mundo como para hacerles reconocibles, un medio de traducción. La creación y la gestión de los objetos fronterizos es un proceso decisivo en el desarrollo y mantenimiento de la coherencia entre mundos sociales entrelazados» (1989: 393).

La cuestión de fondo que subyace al planteamiento de Star y Griesemer es la ambivalencia que recorre y define a toda topología reticular teorizada fundamentalmente desde la teoría del actor-red (Callon, 1995; Latour, 1992, 1993; Law, 1992); si bien es cierto que las aportaciones provenientes de la teoría del actor-red constituyen una valiosa ayuda en la comprensión de este tipo de topologías, no deja de ser menos cierto el hecho de que las narrativas que han dominado hasta hace unos años este enfoque, han dado lugar a una lectura arborescente de la red (Deleuze y Guattari, 1988), por medio de la cual se acentúa la posición de un actor privilegiado que ordena el (des)hacerse de la red (Lee y Brown, 1994; Michael, 1996; Star, 1991). La traducción ha tendido a homogeneizar las identidades de los actantes imbricados mediante una geometrización que adquiere su visualización más evidente en la noción de punto de paso obligado (Callon, 1995). Ciertamente, no se trata, tal y como se ha mantenido en repetidas ocasiones, de negar la existencia en determinadas situaciones de geometrificaciones de lo social (por ejemplo, la creación de patentes); el problema surge cuando ese planteamiento se pretende omniabarcante y obvia las líneas de fuga que descodifican la organización pretendida. El objeto fronterizo designa un posicionamiento ambivalente inaprehensible desde una noción unívoca de la traducción, y la razón no podría derivar sino del hecho de que la pertenencia a un trayecto o red, no es nunca unívoca en la medida en que la heterogeneidad de todo objeto fronterizo impide su caracterización desde una única pertenencia: la ambivalencia es la huella de una multipertenencia que, además, no sólo no dificulta la propia conformación de

un trayecto, sino que un sentido más profundo, cabe decir que el trayecto *adquiere su estabilidad en virtud del carácter inconsistente y ambivalente que se deriva de la puesta en conexión de actantes que poseen diferentes espacios y temporalidades*. La ambivalencia acompaña y posibilita, en consecuencia, la reproducción del trayecto.

Si la preliminaridad inaugura una topología regional, la liminalidad nos introduce en una topología reticular ambivalente que nombra el trayecto del actante en su posicionamiento con respecto a otros actantes. La propia variabilidad del objeto fronterizo en virtud tanto de su dinamicidad como de su multipertenencia a diferentes trayectos, hará que este mostrarse y hacerse *entre* otros objetos fronterizos adquiera un alto grado de diversidad dependiendo, básicamente, de qué tipo de traducciones se desencadenan entre los diferentes actores; traducciones que pueden estar dirigidas, tal y como se deriva de las aportaciones de la teoría del actor-red, a problematizar determinadas situaciones con el fin de enrolar y alinear a otros actores en un trayecto que pretende un actuar conjunto. No obstante, la propia ambivalencia contenida en todo trayecto hará que la inclusión de los actantes difícilmente sea completa, con lo que el régimen de traducciones que desencadenan (o en los que irrumpen) los objetos fronterizos, exige tener presente esta indeterminación que, a un nivel metodológico, se cifra en el análisis del (des)hacerse de un trayecto que, puede realizarse, diacrónicamente, desde el conjunto de entradas y salidas de los actores que forman parte del trayecto y, sincrónicamente, desde la elucidación de las diferentes posiciones que se tienen respecto a los actores que forman parte del trayecto o inciden en su (re)producción sin ser integrantes.

Podemos establecer dos visualizaciones, sustancialmente diferentes, de las trayectorias del objeto fronterizo. En primer lugar, se puede aludir a un *organismo transgénico*, en términos de objeto fronterizo, en la medida en que dicho organismo ocupa y practica, simultáneamente, diferentes espacios (laboratorio, campos de cultivo, multinacionales, cadena alimenticia) y tiempos (aceleraciones de los ritmos vitales, tiempos regidos por la consecución de un beneficio económico, pero también tiempos glaciales (Urry) e (in)visibles (Adam) referidos a efectos imprevistos de

largo alcance), adquiriendo una singularización específica en cada uno de ellos. El organismo transgénico compone trayectorias que desencadenan traducciones y reordenamientos de diversa índole en los diferentes espacios practicados (consecuencias no queridas en situaciones ajenas a la situación controlada del laboratorio, cambios en las prácticas agrícolas, alteraciones en los hábitos de consumo); la singularización es, en este sentido, el efecto de una cadena de traducciones entre actantes diversos que tiene como consecuencia el hecho de que la especificidad del transgénico únicamente devenga aprehensible en los decursos lábiles de las redes que desencadena su irrupción: el organismo transgénico se define, por ello, desde intersticio que transita y no tanto desde el despliegue de características propias.

Un segundo ejemplo puede encontrarse en lo que, desde la teoría feminista, se ha denominado como la *política de la localización*; planteamiento teórico concernido con la dimensión corporal de la subjetivación y en donde el género no funciona ya como núcleo central y determinante, sino como un eje más de un entramado conceptual al que se suman raza, etnia, sexo, religión, clase social o edad. Esta política de la localización alude directamente a una reflexión sobre la «plurilocalidad» por la que transitan las prácticas corporales en matrices de poder, resistencia y subjetividad, pero no se trata tanto de sumar otras dimensiones antes obviadas como si éstas fueran nuevos espacios naturalizados por los que se transita, cuanto de la necesidad imperiosa de concebir ese tránsito como el correlato empírico de una multiplicidad espacial que imbrica los distintos ejes y confiere, en virtud de los procesos específicos de imbricación según las distintas matrices culturales propias de cada posicionamiento, formas singulares a la experiencia de ser mujer que, posteriormente, pueden ser entrelazadas en afinidades diaspóricas. La localización no es así una ubicación trascendental sino la intersección de los ejes: «Este proceso desigual, discontinuo aunque abierto posibilita el alineamiento de la identidad en la intersección de ejes no tanto como la construcción monumental de un lugar estable sino como una *localización temporalmente espacializada* –un espacio paradójico de efectos historizados» (Kaplan, 1996: 184; subraya-

do nuestro). La política de la localización explicita así la permanencia de lo preliminar, de cada posicionamiento, pero también introduce una inevitable liminalidad «trayectiva»: el cuerpo como espacio de conexiones, como objeto fronterizo, en donde la especificidad de cada posicionamiento (preliminar) es alterada en función de las relaciones de diverso signo que pudiera establecer con los otros posicionamientos; la identidad aparece en este momento como una cartografía liminal y corporeizada que conexiona preliminaridades cambiantes.

El decurso de los objetos fronterizos está caracterizado así por las traducciones y traslaciones que se realizan desde una ontología rizomática que prefigura una *reforma permanente* (Michael, 1996): un recorrido intersticial entre preliminaridades que da lugar a un nudo de conexiones en el que se producen variaciones semiótico-materiales. Habría que apuntar, en consecuencia, que, al margen de la forma que adquiera la singularización específica del objeto fronterizo, toda preliminaridad es susceptible de ser leída igualmente desde su condición de objeto fronterizo en un entramado relacional, lo cual nos remite a las estrategias narrativas y analíticas del investigador para determinar en el marco de una controversia o sistema de relaciones, el actor desde el cual se analiza una problemática. No obstante, es preciso tener presente asimismo que ese entramado relacional no es una exterioridad espacio-temporal sobre la que se proyecta el objeto fronterizo, sino que es, por decirlo de una forma gráfica, su interioridad fundante de toda posibilidad agencial: toda identidad se alimenta de un *afuera constituyente* (Butler, 1993) que niega toda posible de autoría en la construcción de la frontera preliminar.

La frontera empieza a mostrar aquí su tercer momento que no se deja narrar ni por la primacía del adentro ni por el intersticio, sino por una zona transversal de contacto, de hibridación en el que la diferencia no emerge tanto entre actantes como *a través* de ellos. La liminalidad, pese a introducir la trayectoria, sigue siendo un pensamiento de los límites cambiantes desde los que es posible aprehender la diferencia de un actante. Sin embargo, en esta síntesis narrada de lo heterogéneo que subyace a la creación de una diferencia vemos que los materiales con los que se construye una identidad nunca provienen de lo preliminar, sino del

modo en que se concibe un engarce con los otros en los que se difumina la posibilidad de trazar la frontera identitaria; porosidad de la frontera, de los flujos transfronterizos configurando una *transliminalidad* en la que ya «no es posible distinguir a un actor de los aliados que le hacen fuerte» (Latour, 1988: 174); topología de los fluidos en donde el otro ya no es aquel con el que me pongo en relación manteniendo una cierta diferencialidad cuanto el otro que me habita y me posibilita como sujeto, *el otro del cual no me puedo escindir porque el vínculo establecido con él es lo que me define*, mi condición de posibilidad práxica, la multiplicidad que me habita, la exterioridad más interiorizada, la potencia misma: «La noción de que la identidad tiene que ver con gente que aparenta lo mismo, siente lo mismo, se denominan a sí mismos de igual forma, es un sin sentido. Como proceso, como narrativa, como discurso, la identidad, siempre se dice desde la posición del Otro» (Hall, 1991: 49); la identidad aquello que creíamos como lo más nuestro, regresa como lo más ajeno, como la exterioridad sobre la que nos constituimos, pero también como el hacer poético sobre y desde lo que (nos) hace.

La transliminalidad no borra, sin embargo, los dos momentos anteriores en los que la heterogeneidad entrelazada se singulariza en el efecto semiótico de la frontera (preliminalidad) que se (re)produce en un decurso intersticial (liminalidad), sino que paradójicamente los presupone en su disolución de la frontera; aquí irrumpe, si cabe con más fuerza, la perentoria necesidad de deconstruir el sujeto ilustrado en unas prácticas sociales en las que el discurso aparece siempre como la reapropiación creativa de lo que ya ha sido nombrado y el estilo como la imposición de una impronta sobre aquello que me antecede: la palabra dialógica que impide reconocernos como dueños y creadores absolutos de nuestro discurso; el estilo transido de una anterioridad que niega la posibilidad de decir que nuestros cuerpos sean nuestros, pues están embebidos, como el discurso, de una alteridad (pasada, presente y futura) irrenunciable que nos constituye. Esta heterogeneidad de la alteridad inaugura lo impensado de gran parte de la sociología imperante, y reintroduce al otro como compañero de un viaje acentrado: la mirada, la narración y el discurso ajenos que (nos) permiten

mirar, narrar y hablar, y reconocernos, fugazmente, como propietarios y artesanos de lo que otrora ya había sido mirado, narrado y dicho. Los objetos fronterizos construyen redes, incorporan aliados, alteran los tiempos y los espacios, pero no se pueden distinguir ya del entramado que constituyen y sobre el que se sustentan; la red les hace, del mismo modo en que ellos pretenden rehacer la red; sus límites se borran, su especificidad se difumina, su fuerza se desplaza a los impredecibles aliados: la topología de los fluidos sustituye a la reticular. Nos reencontramos aquí con la imagen del rizoma como devenir de una multiplicidad «desmontable» sujeta a constantes modificaciones que ejemplifica de forma paradigmática este momento en el que la política de la coalición supera definitivamente el tropo de la unidad centrada e inaugura conexiones múltiples atravesadas por líneas de poder de diferente naturaleza. Si las instituciones foucaultianas podrían ser el ejemplo de una preliminaridad vigilada y disciplinada, la transliminalidad de los trazos, de la estabilidad emergente que presupone una lógica del trayecto en la comprensión de la identidad, se acopla mejor a las ex-tituciones serresianas (1995) carentes ya de muros inmóviles y de determinados espacios físicos (escuela, fábrica, cárcel, psiquiátrico) en los que agrupar a los actantes involucrados. La ex-titución es una plurilocalidad paradójica que traza mediaciones entre espacios no contiguos y crea, en el curso de esa mediación, una cartografía flotante por medio de la cual lo lejano y lo cercano, lo interior y lo exterior, devienen localizaciones contingentes susceptibles de ser alteradas continuamente. Red de mediaciones donde la imagen de la flecha del tiempo se ve sustituida por la de una espiral conexionante que exige y demanda una topología del tiempo (Latour, 1993) que quiebre las fronteras temporales subyacentes a una cronometrización de lo social. La transliminalidad muestra así un devenir colectivo carente de fronteras, un devenir en la liminalidad ontológica desde y sobre la que se fundan formas de hacer y pensar.

Pensar la topología de la frontera supone, en consecuencia, aunar este triple momento por medio del cual todo actante es susceptible de ser aprehendido desde la conformación de un límite semiótico-material por medio del cual presenta su diferencia, desde la trayectoria de

ese límite en la que establece relaciones de diversa naturaleza con otros actantes y, por último, desde la constatación de los flujos transfronterizos que problematizan la posibilidad misma de diferenciar el adentro del afuera. Hablar de una topología compleja es hablar de esta imbricación de niveles topológicos que se (re)producen desde el trasfondo de la ontología política de la liminalidad. La topología, siendo la experiencia espacializada de esa liminalidad, prefigura el carácter cambiante y paradójico de la frontera, toda vez que ésta es susceptible de ser afirmada y negada al mismo tiempo: afirmada en el reconocimiento espacio-temporal de una diferencia, pero negada en la dificultad de cercenar una ontología rizomática en la que todo pliegue emerge desde y junto a otros pliegues.

Lo social se muestra, se nos aparece, en la frontera, en la experiencia en y de los límites a cuyo través tiene lugar el proceso de subjetivación, la singularización del pliegue colectivo y acentrado de la subjetividad que en su práctica performativa de los límites inaugura (dis)continuidades desde las que poder entrever la (re)producción de una diferencia, la apertura a otras formas de narrar y habitar lo social: «*Todos estamos en zonas fronterizas quiasmáticas, en áreas liminales en la que se están gestando formas nuevas y tipos nuevos de acción y responsabilidad en el mundo*» (Haraway, 1999: 140; subrayado de la autora). Partimos de la frontera, en ella nos territorializamos, pero desde ella cabe también la posibilidad, por la práctica misma de la frontera que nos atraviesa, de una desterritorialización que no sería sino la recreación de un territorio singularizado y sintetizado mediante un ritmo, una narración. Territorio preliminar que se da siempre en el intersticio de otros territorios, en un devenir caracterizado por la creación de asociaciones, de cooperaciones, de construcción de puentes que engarzan lo escindido; pero también, devenir en el que se disocia, se crean conflictos, se construyen oposiciones, se cierran puertas. Realidades intrincadas desde las que únicamente cabe la posibilidad de hablar de una preliminaridad cimentada en el efecto semiótico de la frontera que es atravesada por múltiples ramificaciones que niegan y, simultáneamente, posibilitan el espacio topológicamente complejo de la frontera.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIL, G (1995): «Puertas», *Revista de Occidente*, n.º 170-71, pp. 75-97.
- BAUMAN, Z. (1991): *Modernity and ambivalence*, Cambridge, Polity Press.
- (1995): *Life in fragments*, Oxford, Blackwell.
- BHABHA, H.K. (1994): *The location of culture*, Londres, Routledge.
- BUTLER, J. (1989): *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*, Nueva York, Routledge.
- BUTLER, J. (1993): *Bodies that matter*, Londres, Routledge.
- CALLON, M. (1995): «Elementos para una sociología de la traducción: La domesticación de las vieras y los pescadores de la bahía de St. Brieuç», en Iranzo, J.M. et al. (ed.) *Sociología de la ciencia y de la tecnología*, Madrid, CSIC.
- DAVILA, A. (1995): «Las perspectivas metodológicas cualitativa y cuantitativa en las ciencias sociales: debate teórico e implicaciones praxeológicas», en Delgado, J.M. y Gutiérrez, J. (ed.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis.
- DE CERTAU, M. (1988): *The practice of everyday life*, California, University of California Press.
- DELEUZE, G. (1987): *Foucault*, Barcelona, Paidós.
- (1989): *El pliegue*, Barcelona, Paidós.
- (1996): *Conversaciones*, Valencia, Pre-Textos.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1988): *Mil mesetas*, Valencia, Pre-Textos.
- FOUCAULT, M. (1986): «Of other spaces», *Diacritics*, n.º 16, pp 22-27.
- FOUCAULT, M. (1992): «Nietzsche, la genealogía, la historia», en Foucault, M. *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- FOUCAULT, M. (1995a): *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad*. Vol.I, Madrid, Siglo XXI.
- FOUCAULT, M. (1995b): «El sujeto y el poder», en Foucault, M. *Discurso, poder y subjetividad*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- FOUCAULT, M. (1999): *Estética, ética y hermenéutica*. Obras esenciales, (vol.3), Barcelona, Paidós.
- GARCÍA SELGAS, F.J. (1999): «La reflexividad y el supuesto-sujeto», en Ramos, R. y García Selgas, F. (ed.) *Globalización, riesgo y reflexividad*, Madrid, CIS.
- HALL, S. (1991): «Old and new identities, old and new ethnicities», en King, A.K. (ed.) *Culture, globalization and world-system*, Londres, MacMillan.
- HARAWAY, D. (1995): «Manifiesto para cyborgs», *Euto-pias*, vol.86, págs. 1-48.
- (1997): *Modest_Witness@Second_Millennium. FemaleMan(Meets_Oncomouse)*, Londres, Routledge.
- (1999): «Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles», *Política y Sociedad*, n.º 30, pp. 121-163.
- HETHERINGTON, K. (1998): *Expressions of identity*, Londres, Sage.
- JOAS, H. (1996): *The creativity of action*, Cambridge, Polity Press.
- KAPLAN, C. (1996): *Questions of travel*, Londres, Duke University Press.
- LATOUR, B. (1988): *The Pasteurization of France*, Londres, Harvard University Press.

- LATOUR, B. (1992): *Ciencia en acción*, Barcelona, Labor.
- (1993): *Nunca hemos sido modernos*, Barcelona, Debate.
- LAW, J. (1992): «Notes on the theory of the actor-network: ordering, strategy and heterogeneity», *Systems Practice*, vol. 5, n.º 4, pp. 379-393.
- (1999): «After ANT: complexity, naming and topology», in Law, J. y Hassard, J. (ed.) *Actor Network Theory and after*, Oxford, Blackwell.
- LAW, J. y HASSARD, J. (ed.) (1999): *Actor Network Theory and after*, Oxford, Blackwell.
- LEE, N. y BROWN, S. (1994): «Otherness and the actor network», *American Behavioral Scientist*, vol. 37, n.º 6, pp. 772-790.
- LEFEBVRE, H. (1998): *The production of space*, Oxford, Blackwell.
- LOURAU, R. (1980): *El Estado y el inconsciente*, Barcelona, Kairós.
- MARIN, L. (1993): «Frontiers of utopia: Past and present», *Critical Inquiry*, vol.19, n.º 3, pp. 397-420.
- MENDIOLA, I. (2000): «La cotidianidad transversal», en VV.AA. *El Bienestar en la cultura*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- MICHAEL, M. (1996): *Constructing identities*, Londres, Sage.
- MOL, A. y LAW, J. (1994): «Regions, networks and fluids: anemia and social topology», *Social Studies of Science*, vol. 24, pp. 641-671.
- MOREY, M. (1988): *El orden de los acontecimientos*, Barcelona, Península.
- MOYA, C. (1977): *De la ciudad y su razón*, Madrid, Cupsa editorial.
- MUMFORD, L. (1982): «La utopía, la ciudad y la máquina», en Manuel, F.E. (ed.) *Utopías y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa Calpe.
- PARDO, J.L. (1992): *Las formas de la exterioridad*, Valencia, Pre-Textos.
- (1996): «El sujeto inevitable», en Cruz, M. (ed.) *Tiempo de subjetividad*, Barcelona, Paidós.
- SERRES, M. (1991a): *El paso del Noroeste*, Madrid, Debate.
- (1991b): *El contrato natural*, Valencia, Pre-Textos.
- (1995): *Atlas*, Madrid, Cátedra.
- SIMMEL, G. (1986): *Sociología*, Madrid, Alianza.
- (2000): «La trascendencia de la vida», *REIS*, n.º 89, pp. 297-313.
- SOJA, E.W. y HOOPER, B. (1996): «The space that difference makes», en Keith, M. y Pile, S. (ed.) *Place and politics of identity*, Londres, Routledge.
- STAR, S.L. (1991): «Power, technologies and the phenomenology of conventions. On being allergic to onions», en Law, J. (ed.) *A sociology of monsters. Essays on power, technology and domination*, Londres, Routledge.
- STAR, S.L. y GRIESEMER, J. (1989): «Institutional ecology, «translations» and boundary objects: Amateurs and professionals in Berkeley's Museum of Vertebrate Zoology», *Social Studies of Science*, vol.19, pp. 387-420.